

país durante, al menos, trescientos años) toda la profundidad a que su estructura remite. El decurso del discurso sobre «la Cueva» no es una voluta banal, un rizo de la fantasía popular, servida fielmente por los intelectuales (entre ellos: Cervantes) complacientes en servir el imaginario de un pueblo habituado a la escenografía metafísica. Se trata, en todo momento, y en cualquier punto de la historia, de una sutil *mise en abîme* de un debate ideológico. En consecuencia, el texto hermenéutico nos mueve por los niveles diversos a que esta configuración fuerte nos llama. El duelo está cantado: una poderosa estructura de control del saber reglado —el *Studium salmanticense*— ha ido generando dialécticamente la conciencia difusa de la existencia paralela de un conocimiento opuesto, de una estructura antagonista. Arriba, la ciudad, el «alto soto de torres», las estructuras airoas de los conventos y los pupilajes; debajo, el mundo turbio, subterráneo, las cátedras del mal. El duelo descrito en sus caracteres más generales no tiene siempre la estructura de un drama. El hilo narrativo —tensado— nos lleva por avatares, impensables a veces, curiosos siempre, pero también divertidos en muy numerosas ocasiones.

Esa anécdota —y ese anecdotario— no puede ocultar las categorías de mayor calado que este libro transporta en su seno. No es cuestión de explicitarlas aún más. El lector avisado intuye ya a estas alturas que el presente texto de Luciano G. Egido es de los que le conviene conocer. El espacio un tanto depredado que habitamos en estas latitudes está, a lo que parece, poblado de resonancias. Las voces que se hacen oír en ese palimpsesto que es nuestra geografía gloriosa (Salamanca, Toledo, Sevilla...) no hablan los dialectos al uso, al contrario: descubren, ante la figura mediada del investigador que las interroga, el inconsciente salvaje y conflictivo, el poderoso imaginario en el que siempre se expresa la tribu hispana.

Una última acotación —y esta vez crítica— nos cabe hacer, no al autor, sino al prologuista del libro. La operación de cirugía urbanística que en los últimos años ha sacado a la luz y adecentado en la ciudad castellana las ruinas de la vieja cripta de San Ciprián o San Cebrián, puede ser, como se afirma explícitamente, interesante para los turistas (en la categoría de «culturales») que eventualmente visiten la vieja ciudad universitaria, pero para los espíritus ocultos que la habitaron (y que quizá

la sigan habitando) eso mismo no puede sino significar el gesto último del poder de la razón dominante que les arrebató para siempre ya, en nombre de la *higiene pública*, su *aura*.

**Fernando R. de la Flor**

## La vida del hacedor\*

**H**oracio Salas (Argentina, 1938), uno de los exponentes más representativos de la generación del sesenta y antólogo y prologuista él mismo de un volumen fundamental para comprender los alcances de tal movimiento —*Generación poética del sesenta* (E.C.A., 1975)—, lo advierte desde un principio: «(...) no pretendo ejercer aquí la crítica literaria (...)». Y resulta pertinente la aclaración, pues esta biografía de Borges se erige como tal

\* Borges, Una biografía, *Horacio Salas*, Editorial Planeta, 1994, 300 páginas.

y en ningún momento intenta ingresar en el espacio del registro crítico. Baste para esto último dos volúmenes tan insoslayables como *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges* (Ana María Barrenechea, Paidós, 1967) y *Borges ante la crítica argentina* (María Luisa Bastos, Hispamérica, 1974), además de gran parte de la labor de uno de los más tenaces y lúcidos borgeanos: el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal.

Salas pulsa otras cuerdas, ocupa distintos espacios. Con un estilo conversado, cuya fruición se advierte en la morosidad del tono, no exento de depurado rigor en cuanto a contexto histórico se refiere, el autor se acerca a Borges desde una perspectiva singular. Sin llegar al acriticismo, va cincelandando y descubriendo junto con el lector la compleja personalidad del autor mayor de las letras españolas del presente siglo, los pliegues íntimos de un hombre que trasciende en mucho la mera imagen pública de los millares de reportajes que lo tuvieron como protagonista.

Tal como ocurriera con *El tango* (Planeta, 1986), la escritura de Salas oscila entre la crónica ensayística y el esbozo novelado, tono que maneja acabadamente y que obliga a interrogarse acerca de si alguna vez el autor se aventurará en el género específicamente novelístico. Poeta y hacedor de algunos libros tan entrañables como *La soledad en pedazos* (1964) o, más reciente en el tiempo, *Cuestiones personales* (1985), Salas acerca un Borges descarnadamente humano, cuya parábola vital abarca desde su bachillerato en Ginebra hasta el inevitable encuentro con su destino sudamericano.

Uno de los ejes en torno de los que acertadamente gira la biografía escrita por Salas es el tránsito de Georgie a Borges. Un tránsito sutil, intrincado, y muchas veces trunco. Resumiendo groseramente: Georgie inventa mitologías y las cree a pie juntillas para que Borges las realice en el límpido universo de la letra.

Los tigres, la ilimitada biblioteca de libros ingleses, los compadritos muertos, la gloria militar de las batallas son relatos iniciáticos, cuentos de infancia, a los que el hombre adulto dotará en su literatura de irrefutable realidad (la incontrovertible verdad de la ficción).

En este sentido, Salas consigna que los Borges se mudaron en el año 1901 al barrio de Palermo, «cerca del Maldonado, límite real del Buenos Aires finisecular». O sea: las orillas. Muchos años después, en *Cuaderno San*

*Martín* (1929), su tercer libro de poemas, Borges publicaría la celeberrima «Fundación mítica de Buenos Aires», donde evidentemente exagera y postula que la ciudad fue fundada no sólo en Palermo, sino, más precisamente, en su manzana: «La manzana pareja que persiste en mi barrio: / Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.» Pero, ¿verdaderamente exagera? Exagera en el sentido meramente constatable del dato histórico: es obvio que Buenos Aires no fue fundada en esa manzana. En un sentido más amplio y abarcador, Borges se atiene a la más rigurosa verdad. Buenos Aires fue fundada allí, en la misma manzana donde vivía quien, con el transcurso de los años, inventaría un idioma: el de los argentinos.

Es también Georgie quien comienza a obedecer a doña Leonor Acevedo, su madre, salvo aisladas excepciones (algún amor furtivo y rigurosamente abandonado; la frecuentación de Evaristo Carriego, a quien doña Leonor no consideraba buena influencia para su hijo). Y agrega Salas: «(...) la obediencia de Georgie poco a poco se hizo ciega. (...)». Frase paradigmática y henchida de sentido psicoanalítico: tan ciega se fue haciendo la obediencia de Georgie que Borges se queda efectivamente ciego y la dependencia con su madre se vuelve total y obligada. Como si para realizar el sintagma *una obediencia ciega*, Borges tuviera que haber entregado sus ojos a cambio de la omnipresencia materna.

Con agudeza, Salas se detiene en la ilimitada biblioteca de libros ingleses del padre de Georgie y en la cual el futuro escritor confiesa haber nacido a la literatura. Efectivamente, la tradición personal y familiar de Borges es anglosajona, el inglés y el español se confunden como lengua natal (datos de donde provienen las patéticas acusaciones de «escritor extranjerizante» que buena parte de la crítica le endilgó durante varias décadas y sectores «populares y nacionales» —una de las fatalidades argentinas— aún le endilga). Resulta, como apunta Salas, que es merced a esta anglofilia de Georgie que el Borges adulto se salva del afrancesamiento estéril y paralizante que signó a muchos de sus compañeros de formación.

Esta anglofilia, a la vez, le permite ser uno de los primeros hispanoparlantes en acercarse al *Ulises*, de Joyce. Ya en 1925 Borges traduce el monólogo final de Molly, traducción aporteñada y fallida que delata el fervor criollista del joven Borges. Es el mismo año en que publica *Luna*

de enfrente, en cuyo prólogo de 1969 reconoce con impecable ironía: «Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. (...)» Asimismo, la frecuentación del inglés da como resultado, en 1941, su ajustada versión de *Las palmeras salvajes*, de William Faulkner, texto que, como bien consigna Salas, recorre un curioso itinerario. Aunque no se quiera reconocer a Borges y a su propia literatura como elementos precursores del llamado *boom* narrativo latinoamericano de los años sesenta, no quedan dudas de que las técnicas novelísticas de muchos de los más representativos integrantes del movimiento son deudoras de Faulkner, pero de ese Faulkner mediaticizado por Borges en la traducción de *Las palmeras salvajes*: con lo cual se puede decir que, al menos en la literatura en lengua española de este siglo, casi todos los caminos conducen a un mismo y laborioso laberinto, el dibujado pacientemente por mano borgeana.

Obviamente, resulta imposible en un libro de esta naturaleza no mencionar, aunque más no sea para revisar el aire de la época, las posiciones políticas que en el transcurso de su larga vida —y mediante innumerables entrevistas por todos los medios de prensa— fue tomando Borges. Lo verdaderamente notable —y que habla mucho más de la sociedad argentina que del propio interesado— es la incidencia desequilibrante que estas opiniones ejercieron sobre la valoración de su obra literaria.

Borges no dejaba de puntualizar que las opiniones en general y las opiniones políticas en particular —en suma, la *doxa* que tanto menoscabo inspiraba en Platón— suelen ser lo más superficial que puede expresar un escritor. Norman Mailer, con esa crudeza norteamericana que la flema y el pudor británicos de Borges no hubieran consentido, hablaba del autor de *Ficciones* y su filiación política en términos contundentes: «Está bien, es

un conservador, pero... No soporto pensar en un escritor en términos políticos. Y menos en primer lugar. Es lo mismo que pensar en alguien y empezar por el año. (...)» (*Pontificaciones - Conversaciones con Norman Mailer*, Celtia, 1983). Gran parte de la crítica argentina, a estar por la virulenta definición de Mailer, adhería (y, aun con reservas, adhiere) fervorosamente al ejercicio de la proctología en mucha mayor medida que al análisis textual.

Pero más allá del acendrado antiperonismo del que jamás abdicó, Salas no deja de anotar la temprana actitud de Borges frente a los primeros brotes antisemiticos. Ya en 1934 escribió un artículo en la revista *Megáfono* titulado sin eufemismos: «Yo, judío». Finalmente, el autor recuerda una frase deslizada por Borges en un reportaje que le efectuará él mismo en el año 1985: «Yo soy un hombre ético. Creo.» Al cabo de tanto enfrentamiento y encono inútiles parece una buena definición de Borges como ciudadano, más allá de posturas no sólo equivocadas, sino, a veces, insostenibles.

En suma, este volumen de Salas adolece de algunas defecciones de orden gráfico que no alcanzan para empañar la luz que arroja sobre la figura biografiada: se echan en falta epígrafes explicativos en casi todas las fotos que ilustran el libro, no siempre la abreviatura en siglas de la bibliografía manejada se puede hallar luego en la bibliografía general. Pero baste reconocer una última virtud a esta biografía: al terminar su lectura se torna inevitable visitar —parcial o totalmente— la obra borgeana. Esta incitación que el libro de Salas genera no puede menos que ser agradecida.

**Oswaldo Gallone**

